

entre ideologías del “progreso” y las de vocación retardataria e, inclusive, que la injerencia de presiones económicas o la tensión social generada por el diferendo constitucional prerrevolucionario.

Eduardo Téllez Lúgaro

Jorge Martínez Albaiceta

IZQUIERDAS Y DERECHAS. Su sentido y su misterio

Editorial Speiro, 1974, 123 pp.

No es común la recensión de un libro que tiene ya una década, ni tampoco que su autor tuviese 21 años de edad al escribirlo. Pero tanto la indigencia bibliográfica de quienes nos interesamos en la Historia de las Ideas, como la extraordinaria calidad del libro, justifican la excepción.

Izquierdas y Derechas son los dos más populares signos políticos, pero, curiosamente, tanto el contenido real o coyuntural de los mismos ha despertado poco interés académico. Es de anotar también que son conceptos del universo político latino, pero de escasa importancia en el anglosajón: la *Enciclopedia Británica* no le dedica (en cuanto sustantivo) una línea. La única excepción es la llamada *Nueva Izquierda* estadounidense, principalmente universitaria, surgida a raíz de la crisis de Vietnam, pero inspirada en los desórdenes estudiantiles de 1968 en París.

Dos símbolos cuya validez ha sido negada reiteradamente, aunque según un intelectual de izquierda (Alain) quien niegue dicho esquema se hace sospechoso de “derechismo”. Pero, para ser justos, han sido objetados, o considerados extremadamente ambiguos, por las más diversas corrientes, pensadores y partidos, de todos los espectros desde el campo político al filosófico. Recordamos entre éstos a José Antonio Primo de Rivera, Lenin y José Ortega y Gasset, quien hablaba de dicha definición como síntoma de “hemiplejia mental”. Un autor alemán, Spengler, ha reivindicado, empero, la dicotomía en su “Decadencia de Occidente”, y con mayor fuerza aún en su polémico “Años Decisivos”, donde se declara un nacionalista de derecha, pangermano y occidentalista. Tal actitud corresponde, sin embargo, a una excepción fuera de la Latinidad política, y ha bebido, Spengler, directamente del caso francés. En el mundo anglosajón donde las diferencias puramente ideológicas pesan sensiblemente menos, la clasificación típica es de “liberales” y “conservadores”, pero tal definición no se refiere a partidos concretos sino a tendencias o personas individuales, en contraposición a lo que ocurre en Hispanoamérica.

¿De dónde arranca este maniqueísmo ideológico? Tal pregunta es la que resuelve brillantemente este trabajo, que fue la poco común tesis de un estudiante de Derecho, argentino, con visos de antropólogo y filósofo. Puesto que Martínez Albaiceta nos sumerge en los orígenes míticos del lenguaje, para

darnos la respuesta en ciento veintitrés apretadas páginas. El mismo nos explica el sentido de una interrogante:

“Las palabras *izquierdas* y *derechas*, están incorporadas al lenguaje cotidiano (...), de modo que hoy constituyen “hechos sociales”. Y los hechos sociales, como lo viera Durkheim, son “obligatorios”. Nos guste o no, la vigencia de las palabras *izquierda* y *derecha* es una realidad con la que tenemos que contar” (p. 7).

Es, pues, para separar el lenguaje correcto del mal empleado, que dedica el autor los dos primeros capítulos de su obra, concluyendo lo siguiente:

- a) Se trata de categorías ideológicas;
- b) Caen dentro del accidente de relación: se es de izquierda o de derecha por contigüidad, es decir, relativamente;
- c) Implican contrariedad.

Siendo por tanto “relaciones ideológicas contrarias”, el autor se esfuerza por demostrar que se anteceden en un originario quiebre del juicio, es decir, en su aspecto ontológico y gnoseológico, de los cuales se derivan seguidamente para la izquierda escepticismo, igualitarismo y desorden (o cambio sistemático), y para la derecha dogmatismo (ontológico), jerarquismo y orden. El principio rector de la derecha, en este plano metafísico en que el autor funda el quiebre, sería la conciencia de un orden “cósmico”, regido por un orden de leyes a lo cual se opondría la izquierda como un orden esencialmente revolucionado. El autor, para evitar la evidente objeción de la izquierda hegeliana, señala seguidamente que al referirse a leyes se refiere a la causalidad aristotélica tomista fundada sobre el principio de no contradicción, que la lógica hegeliana no admite.

Es en el capítulo III (“La Antropología de los signos”) en que el autor esboza su definición, al pensar ambos símbolos como categorías totalizantes de la realidad (y no sólo políticas), como categorías del juicio. Soporte de la izquierda sería el subjetivismo gnoseológico, mientras que la derecha se caracterizaría por el objetivismo ontológico. Desde allí se concreta la fisura del pensamiento filosófico (bien verificable desde Descartes) entre el “pensar mal” de la izquierda, como denomina el autor al subjetivismo, y el “pensar bien” de la derecha, en la cual el cognocente está persuadido de la consistencia entitativa del mundo exterior.

Ahora bien, se abre así un problema complejísimo que es saber por qué algo a primera vista tan banal como la disposición de los miembros de la Asamblea Constituyente Francesa podía convertirse en estandarte y nominar tal o cual corriente política. Se asegura que ello se debe a convencionalismos absurdos, pero el autor demuestra que tal distinción (expuesta en el capítulo IV) era parte del subconsciente desde hacía al menos tres milenios. Por lo tanto, lo que hizo la Asamblea fue *explicitar* una situación arraigada desde mucho antes, derivada de connotaciones morales y religiosas. Dado que las palabras constituyen, al decir del autor, “una verdadera *protofilosofía*, un sistema primario de ideas y sentimientos referentes a la realidad en general” (p. 33), *es en las palabras* donde se oculta esta dicotomía en su sentido más hondo, que en todas las culturas

(con la excepción transitoria de la china) da primacía a la derecha. (¿Qué mecanismos operan para que hoy día la situación se invierta?). En el lenguaje, izquierdas y derechas contraponen a los condenados con los elegidos, al Mal con el Bien, lo incorrecto con lo correcto.

Las lenguas del mundo son al respecto unánimes (de allí proviene la desconfianza en épocas pasadas a los zurdos, por ejemplo), y podemos resumirla en dos significados:

izquierda:	siniestra,	siniestro (de malo).
derecha:	diestra,	bueno / derecho.

Por ejemplo, *derecha* se deriva de derecho (right, diritto, droite, recht, en alemán, derivado de *rectus* en latín). *Izquierda* deriva de "oblicuo, de través, tortuoso", tal es la raíz (un caso) del griego *skaios*, del latín *scaevus*, del irlandés *ciotach*. Otro sinónimo de *scaevus*, *laevus*, implica curvar. Lo mismo acontece con la connotación moral: el *dexter* latino significa decente, virtuoso, lo mismo que el irlandés *deas* o el persa *râst*. Los dichos tampoco escapan en este sentido. El inglés dice, por ejemplo: *the righth man in the righth place* ("El hombre indicado para el puesto correcto"). En contrario en francés se habla del *mariage du côté gauche*. ("Matrimonio del lado izquierdo"), por una unión marital que no ha sido legalizada o bendecida.

No es necesario cansar al lector con la profusión de casos citados (multiplicados al menos cinco veces por el autor) y que podemos encauzar por el lado religioso. Porque en casi todas las religiones la derecha indica el lugar espacial (y especial, *sacral*) del Bien, y la izquierda su antítesis o su principio inferior. Llama la atención que incluso en el aspecto psiquiátrico se mantenga esta vergüenza ontológica por la izquierda, tal como ha sido desarrollada por Stekel y S. Freud en la interpretación de los sueños.

Un breve recorrido por las religiones confirma esta interpretación que la diestra corresponde no sólo un lugar sacral y especial, sino preeminente: es el *lugar* de la bienaventuranza. En el libro sagrado tibetano, el *Dzyan*, se distinguen dos fuentes de poder distintas: una en la mano derecha, donde se ubica la ciudad del "Rey del Mundo"; en la izquierda se ubica, en cambio, la ciudad del "Rey del Temor". En la religión egipcia donde existen dos principios, uno masculino (el solar) y otro femenino (el lunar), lleva, naturalmente, la primacía el principio masculino sobre el femenino. La Luna, además, preside los ritos funerarios.

En la religión hindú la situación está totalmente "derechizada", tanto que las hebras de los cabellos de Buda caen a la derecha, y no a la izquierda (o siquiera al centro), porque la derecha es símbolo de bienestar y dicha. La conocida svástica, cuando gira a la derecha indica lo mismo, pero cuando gira a la izquierda simboliza la muerte a través de la diosa Kalí.

La tradición griega y bíblica no lo hacen peor. (Recordemos que en *La Iliada*, cuando Patroclo desafiaba a Héctor, el héroe troyano, corren a la izquierda,

porque se trata de un acontecimiento funerario, mas cuando es fiesta lo hacen a la derecha). La tradición judeo-cristiana agrega a la izquierda la connotación mortuoria, tanto en su sentido físico como espiritual (la condenación). En el rito romano de la Iglesia Católica el sacerdote circunda el ataúd por la izquierda, en vez del giro habitual del altar que es por la derecha. La derecha es un *lugar predilecto*, es el lugar no sólo de los favoritos de los reyes, sino de Dios mismo, es su *diestra* la que hace los milagros, y recordemos, a mayor abundamiento, que Benjamín, el hijo predilecto de Jacob, significa literalmente "hijo de la derecha". En el Nuevo Testamento hay otros muchos casos, que rematan patéticamente en la escena del Buen Ladrón.

Martínez Albaiceta da numerosos casos, comprendiendo entre ellos el Islam y los mapuches (incluidos en dicha denominación los nativos *pampas* de allende los Andes) que ilustran estos conceptos eruditamente.

Ciertamente la idea que la derecha es "la derecha del Poder" ha venido a ser, simplemente, la secularización de la "derecha de Dios", significando y derivando con unanimidad lo que esté en relación con el bien, lo correcto, lo bueno, etcétera, y procediendo inversamente para la izquierda.

El v y último capítulo ("Izquierdas y Derechas en Occidente") constituye un intento de estratificación histórico-ideológica. De tal esquema es evidente el predominio de la izquierda en los últimos siglos, ¿pero, podemos concluir algo más de tal panorama? Martínez Albaiceta advierte, con razón, que se trata de un esquema filosófico y no de un diagnóstico de futurología política. En todo caso, y sin pretender disminuir el valor del intento clasificatorio del autor, se nos ocurren otros caminos para hacerla que el camino de la vigencia del principio de un orden metafísico sostenido sobre una relación de causalidad aristotélica. Spengler en "Años Decisivos" desarrolla una idea de "izquierdas" y "derechas" bastante novedosa, atribuyéndoles connotaciones antagónicas de realidad (vida) e irrealidad (ideología); de *fisiognómica* y *sistemática* en su lenguaje, de heredad contra proletarización, de tradición contra revolución. Personalmente, se me ocurre que la distinción podría hacerse desde el lado teológico, remitiendo a las categorías de trascendencia e inmanencia (por ejemplo entre la contraposición de una moral sostenida sobre reglas, sobre la conciencia de fines superiores al hombre, y otra de moral autónoma, libre, etc.). Son vías, en todo caso, para la investigación sobre otros aspectos de las izquierdas y las derechas, puesto que si la Latinidad está quebrada desde el siglo XVIII al menos, no creo que lo sea por simple "hemiplejia mental".

Cristián Garay Vera